

EL LABERINTO DE LA VIDA

Los primeros rayos de luz penetraban levemente en la habitación. La muchacha seguía tiritando, temblando y sin fuerzas. No podía pensar, estaba bloqueada totalmente en un mar de dudas, no veía la salida para volver en sí y reaccionar. Apenas tenía motivación para mover ninguno de sus huesos y romper así el armazón retorcido en el que se había convertido. Esta vez era real lo que tantas veces había imaginado, no se lo explicaba. Apretaba los puños sin cesar repitiéndose a sí misma: “No, no, no... a mí ¡no!”.

Desde que su padre, aquel día soleado de marzo, rompió la armonía de su hogar, empujando con ira a su madre contra el mueble-bar... las cosas dieron un vuelco en su vida. Luego todo vino rodado, como si de un vicio oculto se tratara, el miedo inundó las paredes de la casa, nadie estaba a salvo. Los días se hacían largos y los gritos, desprecios y palizas se marcaban a fuego lento en el corazón de la muchacha. Eso no era vida, se repetía una y mil veces, quería gritar, pero no tenía voz... Quería correr, pero sus pies no se movían. No quería ni imaginarlo, pero sabía que su madre corría peligro.

Alicia había borrado de su mente los buenos recuerdos y aquellos días en los que ella todavía sonreía. Sólo le quedaba el lamento, ni siquiera su llanto rompía la rabia que desataba su interior.

Su padre era un hombre trabajador, dedicaba su labor al campo, a las tierras y al cultivo. Pero este invierno, el frío había traído consigo helada tras helada... Las subvenciones no llegaban, las cooperativas de la zona empezaron a cerrar y, como una epidemia, la desilusión inundó al pueblo.

El esfuerzo de toda una vida en el campo se estaba desvaneciendo ante sus ojos y la irritación se acumulaba en sus entrañas. En otras ocasiones, la producción había sido baja y entre todos los vecinos iban sacando la cosecha, echándose una mano unos a otros, pero este año la situación que estaban viviendo era extrema.

Alicia no quería salir, se aislaba en sus libros... A veces, leía sin sentido; sólo por mantener la mente distraída, alejarse del sufrimiento, de su eterno lamento. La furia que manaba de ella desembocaba en la impotencia de no tener en sus manos la oportunidad de volar lejos y alejarse de aquel laberinto interminable. Realmente, la echaba de menos.

Constantes imágenes taladraban su cabeza. Los gritos de aquellas noches, el olor a alcohol por toda la casa, los sollozos de su madre... Era como si un nudo tenso, y de un material afilado, le estuviese haciendo estragos en el estómago. Todavía tenía miedo, mucho miedo.

Para Alicia era un martirio tener que abrir cada día la puerta de su casa, temblando... No sabía lo que se podía encontrar, lo que le esperaba en su interior.

Temor a su propia casa. Temor a su propio hogar.

Rechazar, con un grito desesperado, el sitio donde se ha nacido, el sitio donde se ha crecido. En definitiva, querer huir

Qué duro sentimiento. Nadie elige vivir... Aunque todos podemos elegir morir..

Más duro es que alguien elija tu muerte.

años antes...

Alicia salió de casa deseosa y alegre. Las campanas tocaban a fiesta. Un azul espléndido pintaba el cielo y las golondrinas volaban de un lado a otro ansiosas por la llegada del verano. Las flores brotaban hasta en las esquinas y un olor jazmín inundaba el pueblo. Hacía una temperatura estupenda. Una leve brisa amansaba el calor de aquel junio del 97 en el que con sólo mirar alrededor, Alicia se llenaba de vida y serenidad.

Primero, iría a ver a su abuela, después compraría el pan y, si la quedaba tiempo, pasaría por el quiosco en busca de una revista interesante. El verano estaba a sus pies: las vacaciones, las escapadas al río, sus amigas Clara y Sandra no tardarían en venir... Sólo con pensarlo se le dibujaba una sonrisa en la cara.

Después de un frío y aburrido invierno, llegaba el soleado y aventurero verano para devolver la ilusión a los jóvenes del pueblo, que como por arte de magia se multiplicaban por dos y se encargaban de llenar las calles con sus bicicletas. Daba gusto contemplar la estampa, sólo con su presencia transmitían felicidad. Melón para desayunar, ropa veraniega, tardes enteras en la piscina, verbenas en la plaza, helados de fresa, chocolate y turrón. ¡Qué maravilla!

Era curioso, porque el resto del año Alicia vestía una sonrisa radiante, la satisfacción de los momentos vividos en los inolvidables meses de verano.

La puerta de su casa estaba abierta de par en par. Había cosas por el suelo, el jarrón de la entrada estaba hecho añicos, el espejo torcido en la pared... Alicia se asustó.

Toda la casa estaba en silencio y lo primero que pensó es que habían robado.

Se puso muy nerviosa, se lo dudó dos veces seguir adelante o salir a avisar a alguien. En ese mismo instante escuchó a su madre al final del pasillo, un leve grito de auxilio hizo reaccionar a Alicia y fue corriendo en su busca. Estaba tirada en el suelo de la cocina, asustada, respiraba entrecortadamente, tenía la cara ensangrentada y las piernas cruzadas tendidas a lo largo del suelo.

Alicia gritaba una y otra vez, que qué había pasado, que quién la había sido el salvaje que la había pegado en su propia casa.

Su madre estaba avergonzada, en cuanto pudo se incorporó y empezó a llorar sin cesar. La muchacha la lavó la cara, la sentó en una silla e intentó tranquilizarla; la abrazaba, la besaba y la pedía una y otra vez que hablara sobre lo sucedido. Pero la madre seguía avergonzada.

Cuando por fin se calmó y consiguió mediar palabra, se lo contó todo.

Su padre jamás le había puesto la mano encima, tenía un carácter muy fuerte y mucho temperamento. Aquel día habían tenido una discusión fortísima, él había venido borracho, era tarde, se reprocharon muchas cosas, perdió los nervios por completo y finalmente eligió la vía fácil, la violencia.

La madre la explicó entre sollozos a su hija que las cosas no marchaban bien, que su padre estaba pasando una mala temporada, que todo se estaba complicando y que los nervios estaban a flor de piel.

Alicia pensó que su madre estaba justificando a su padre y a lo que la acababa de pasar. Intercalaba las frases, primero reprochaba así misma, y se repetía

constantemente que él estaba cambiando, debían tener cuidado, en ocasiones no le reconocía, estaba más violento que nunca, además últimamente pasaba mucho tiempo fuera, parecía que ellas tenían la culpa de lo que estaba pasando con la cosecha...

Por otro lado, le volvía a justificar sin cesar. Evitaba reconocer lo que pasaba entre los dos, y de nuevo volvía a nombrar la cruda situación por la que pasaban y que su padre no lo estaba superando.

Con la mirada perdida, la muchacha se incorporó, se levantó del suelo y se fue sin poder decir nada hacia su cuarto. No reconocía a su padre. No se imaginaba por nada del mundo, el desenlace que traería consigo esta primera disputa.

Las semanas siguientes cayeron por su propio peso. Nadie hablaba con nadie, la situación era insostenible, la tensión que habitaba en la casa se rompía por las noches con nuevas palizas, reproches y lamentos... hacía días que la muchacha no pegaba ojo.

Había caído en un estado de lamentación. No salía de casa, no hablaba con nadie, había olvidado cuáles eran sus inquietudes, sus *hobbies*, sus amigos. Estada totalmente sumida en un estado pasivo, en un parón mental que no la dejaba reaccionar. Sólo respiraba y comía, lo demás parecía haberlo olvidado.

Alicia estaba desorientada. Desorientada en el laberinto de la vida. Desorientada en el propio mundo maravilloso que ella había construido. Ahora eso no importaba, el miedo y la agonía la sobrepasaba y finalmente había perdido el rumbo. No tenía fuerzas para levantarse, para asimilar la situación y

al no poder con ella misma se la hacía imposible ayudar a quién más quería, su madre.

Alicia tardó al menos tres años en salir del oscuro y desolado laberinto en el que vivía. La inocencia y la inmadurez no la ayudaron a salir de aquellos pasillos interminables y retorcidos en los que se veía más que perdida ahogada.

Siempre hay un rayito de luz, de esperanza que te devuelve la vida. Tardó en llegar, pero sin duda llegó.

Nunca podrá perdonarse no haber ayudado a su madre en los días más duros de su vida. Por eso cada día que empieza, percibe la vida de otra manera, aprovechando cada minuto, cuidando los pequeños detalles y siendo consciente de que ella es la encargada de volver a reconstruir su vida. Volver a sonreír, volver a vivir olvidando los fantasmas del pasado, para escapar de una vez por todas al País de las Maravillas.